



Carlos A. Page. *Los viajes de Europa a Buenos Aires según las crónicas de los Jesuitas de los siglos XVII y XVIII.*- primera edición- Córdoba: Báez Ediciones, 2007, 326 páginas.

Esta obra documenta la empresa evangelizadora por parte de la Compañía de Jesús hacia las Indias a partir de 1566 y rescata un total de once cartas de antiguos jesuitas y novicios identificados por años, sus autores, una anónima, y la reproducción del Capítulo primero del libro de Florián Pauke correspondiente a su viaje 1748 a 1749. Estos testimonios relatan la travesía desde la partida entre Europa y Buenos Aires. Incluye desde las salidas de sus colegios, el arribo al puerto de Cádiz hasta el destino definitivo en Brasil, Buenos Aires, Córdoba y Paraguay.

Los barcos de la época, contruidos en los astilleros de España: naos, galeones y fragatas emprendían travesías con riesgos y distintos infortunios entre ellas el ataque de piratas, moros, guerras, naufragios, falta de agua y de alimentos, enfermedades y hasta la muerte de algunos de ellos o de todos a causa de naufragios. Los jóvenes jesuitas, partían de los colegios o de la casa paterna, a la temprana edad de 14 o 16 años. Esta despedida a veces era definitiva, y en el transcurso de varios años, y en distintas etapas del viaje completaban los estudios y recibían las órdenes mayores en destino definitivo.

Las fuentes utilizadas para esta nueva obra de Carlos A. Page son de distinto tipo, entre ellas correspondencia oficial - Cartas Anuas - de la Compañía- y privadas, las enviadas por los sacerdotes o novicios a sus superiores o a sus familiares. La primera de ellas data de 1608 y se extiende hasta 1749. Las cartas fueron publicadas por Davin y Mühan, siendo éstas fundamentalmente de europeos del norte y están identificadas por el nombre de quienes las escribían, el año y el destino final. Una de ellas es anónima.

El espíritu que animaba a quienes escribían estos testimonios, puede valorarse en estas palabras: “Quiero relatar más tarde, para consuelo y estímulo de los más jóvenes cuyos corazones están colmados del afán de partir hacia las Indias, como también para el consuelo de la señora madre y de toda la muy noble familia del mencionado padre Antonio”.

Los viajeros

Cada viaje era preparado por los procuradores, sacerdotes de la orden más destacados por su formación y conocimiento de las Provincias Jesuíticas a las que iban destinados cuya misión en los viajes estaba bien determinada, y comprendía una gran variedad de tareas desde el traslado de libros, herramientas, alimentos, semillas, elementos de liturgia, pedidos particulares, múltiples tareas que a veces los tenían ocupados varios años en Europa. Previamente hacían viajes iniciales de reconocimiento. Además de los procuradores, viajaban teólogos, artistas, ebanistas, músicos entre otras ocupaciones.

Los pasajeros de estas embarcaciones eran muy variados en sus orígenes, destinos, funciones y clases sociales. Además de los misioneros, sacerdotes y novicios, viajaban en



algunas oportunidades, gobernadores con sus familias, esclavos negros, mozos de almacén, barberos, soldados marineros, “toda clase de chusma, porcachones y rufianes”.

Los de mayor jerarquía llevaban correspondencia, recomendaciones de los obispos, gobernadores y virreyes que justificaba la solicitud de nuevas misiones. Los viajes y la espera en los puertos o ciudades cercanas hasta su salida eran aprovechados para el estudio de idiomas, conocimientos de la cultura aborigen de los pueblos de su destino final. Muchos de ellos debieron aprender español y guaraní porque eran de origen alemán o italiano. En uno de los relatos de viaje de 1691, el Padre Antonio Sepp, menciona por ejemplo, el número de misioneros que viajaban, 44 en total y sus nacionalidades, españoles, holandeses, sicilianos, sardos, genoveses, milaneses, romanos, bohemios, austriacos y un tirolés

Cartas y registros

Unas cartas más que otras, constituyen anotaciones diarias y pormenorizadas de las novedades ocurridas a bordo que consignaban entre otras observaciones, la latitud, el estado del mar, clima, pesca, vida diaria, preparación de alimentos, prácticas piadosas, entretenimientos, casos de enfermedad o de fallecimiento.

Tales registros dan cuenta de los fenómenos meteorológicos, una constante si se tiene en cuenta que de sus variaciones dependía que el barco avanzara, volviera a la costa o permaneciera detenido hasta producirse cambios favorables. Los vientos, las tempestades, las lluvias torrenciales solían ocasionar roturas de los mástiles y otras calamidades afrontados por los viajeros con estoicismo, mucha fe, no exentos de perturbaciones angustiosas. Las altas temperaturas ocasionaban trastornos no sólo a los hombres, sino a la calidad de los alimentos, el agua dulce que trasportaban y descomponían rápidamente, y hasta la muerte de animales transportados en pie.

Los testimonios destacan en las descripciones el desempeño de los capitanes, y personal auxiliar quienes con exceso de celo profesional e idoneidad conducían sus naves a través de océanos y ríos - caso de los prácticos -, sorteando los peligros más graves o imprevistos. La vida diaria en los barcos es descrita con detalles no sólo de interés histórico, sino geográfico, costumbrista, religioso, alimentario y hasta festivo. La pesca con arpones o cañas permite conocer uno de los mayores entretenimientos de los tripulantes y de los misioneros quienes observaban y registraban cada una de las costumbres, el nombre de peces, de “monstruos marinos”, tiburones, ballenas, delfines, peces voladores, atunes y otras especies, muchas de ellas desconocidas que constituían igualmente festines cuando la alimentación escaseaba. A estos habitantes del mar, se agregaban los del barco, toda clase de insectos entre ellos chinches, pulgas blancas llamadas del molinero, y los bichitos saltadores de color negro que proliferaban rápidamente al cruzar el ecuador. Las ratas y ratones eran parte del entorno. A estos animales, solía agregarse en algunos casos, el traslado de perros ingleses de caza propiedad de algún gobernador destinado a las Indias.



La correspondencia difiere en su contenido, unas más detalladas que otras, tienen en común las penurias del viaje, la falta de alimentos y el agua que solían recoger en sábanas, manteles y hasta en zapatos, el peligro de muerte y otros riesgos a los cuales estuvieron expuestos durante la travesía que solía durar tres o cuatro meses.

Las embarcaciones transportaban elementos propios como armas de artillería, cañones, pólvora, agua de reserva, alimentos salados y secos, animales vivos como carneros, gallinas cluecas y cerdos para proveer la alimentación de los viajeros. El cuidado del traslado de plantas, semillas, bulbos, de cepas de uva moscatel, los diarios cuidados de improvisados jardines, las floraciones en el trayecto de un narciso y un jazmín que sobrevivió a la travesía, constituían motivo de regocijo entre quienes con esmero procuraban reproducir en América la flora de sus países de origen

El arribo a puertos o ciudades, era esperado con ansiedad y alborozo no sólo por los religiosos de los colegios, sino por las autoridades, pueblo en general o cuanta persona se sentía conmovida con la presencia de los misioneros. Según las necesidades del viaje, sólo permanecían unas horas, escasos días o tiempo más prolongado por arreglos de averías y hasta conflictos con autoridades locales. Los relatos cobran vida en oportunidad de arribar a algún puerto. Las crónicas relatan la vida de esos pueblos y ciudades visitadas, las costumbres sociales y religiosas, modos de hablar y de vestir. Además del recibimiento afectuoso de la gente y superiores, los viajeros daban muestras de agradecimiento a Dios por el arribo a veces casi milagroso al lugar de destino. Así como llegaban, maltrechos, con la ropa y el calzado destruido, acudían a la iglesia del lugar a celebrar un Te Deum en acción de gracias. Algunos de ellos cuentan haber llorado de emoción al sentir bajo sus pies la tierra de las Indias

Las muestras de afecto de la gente tenían aspectos coloridos desde cantos, procesiones, caminatas de acompañamiento y entrega de obsequios, frutas o dulces en general que los viajeros apreciaban enormemente. Esas paradas eran propicias para descansar, alimentarse mejor si bien destacan los relatores el alivio espiritual que significaba para los misioneros verse acompañados y queridos hasta su destino final que podía ser Buenos Aires, Córdoba, Asunción o Colombia de acuerdo a las provincias jesuíticas

La música, una feliz compañía

Varios de los misioneros eran intérpretes de distintos instrumentos musicales, entre ellos el violín y la tiorba, semejante al laúd barroco ejecutados en las celebraciones de la misa o cuando el momento era propicio. Estos sacerdotes y otros transmitieron sus conocimientos artísticos en las misiones del Paraguay y de Chiquitos en Bolivia. En algunas oportunidades los negros “tocaban de continuo charangas” con sus instrumentos de viento y percusión, ritmos que hacían el viaje más ameno y hasta tranquilizador. En momentos de particular algarabía, se unían a estos compases, los tambores y pífanos de los soldados, los sonidos marciales, las trompetas, las mosquetas y hasta algún tiro de cañón. Muchos de ellos alegraron las horas plácidas y no tantas con la interpretación de música sacra y popular de sus lugares de origen. El relato destaca



la figura familiar para el Chaco del padre Martín Döbrizhoffer, quien en uno de los barcos interpreta el violín

La obra del profesor Carlos A. Page ampliamente conocida en temas relacionados a los jesuitas permite adentrar al estudioso o lector común interesado en una temática no conocida tal vez en su dimensión humana. Acompaña a la obra un Registro de Procuradores y Viajes indicador del Lugar y fecha de destino, Fecha de partida de Buenos Aires, Lugar y fecha de embarque y arribo, Procuradores electos, Sujetos que viajaban y Consideraciones con breves referencias a los viajes por ejemplo si alguno había fallecido, si todos pertenecían a la corona española o si alguno no había viajado por enfermedad o muerte. El libro contiene fotografías, grabados, portadas de antiguas publicaciones y mapas que ilustran y enriquecen el relato acerca de las misiones jesuíticas. Su lectura permite reflexionar una vez más acerca de los sentimientos y valores que animaban a sus protagonistas a cruzar el mar en busca de su tierra misional, sin reparar en riesgos, peligros graves y hasta enfrentar la muerte. La fe y la invocación a la Divina Providencia, fueron los recursos permanentes de protección y salvación ante el riesgo inminente del naufragio y pérdida de sus vidas que no dudaron en entregar en pos de su fuerte vocación religiosa.

Texto ilustrativo y ameno que permite conocer y valorar los esfuerzos de los misioneros jóvenes y adultos, quienes respondiendo a una sólida vocación misional, se preparaban para cumplir con la misma. La decisión de ingresar a la Compañía, exigía a la par de una gran vocación, preparación intelectual y formación en valores para afrontar con valentía y entereza una suerte de vocación de mártires en una empresa cuyo destino final a veces no lograron. Los que pudieron contar estas historias legaron un testimonio de particular valor religioso y humano.

Ángeles de Dios de Martina